

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

La poeta del mono azul

Cada vez que me pongo seria, siento que me está saliendo bigote y me digo: «¡Qué barbaridad!». Concha Méndez (Madrid, 1898–Ciudad de México, 1986) fue una barbaridad de mujer: poeta, editora, impresora, viajera, campeona de natación, una de las fundadoras del Lyceum Club y de las primeras mujeres que provocaron quitándose el sombrero. Mantuvo un noviazgo con Buñuel que duró siete años. El cineasta, que le regalaba insectos y ratones blancos, la dejó al margen de su vida en la Residencia de Estudiantes pero ella no lo necesitaba: quiso conocerlos y llamó a Lorca presentándose como «la novia desconocida de Buñuel». Su mundo se transformó cuando escuchó al poeta granadino recitar en el Retiro; esa misma noche escribió sus primeros versos. En 1926 publica 'Inquietudes' («un prodigio de intuición femenina», según Ernestina de Champourcín), al que seguirán 'Surtidor', 'Canciones de mar y tierra', 'Niño y sombras', 'Poemas. Sombras y sueños' y otros veinte poemarios y obras de teatro. «Y ahora, entre tanta gente putrefacta con quien trato, mi consuelo es escribir y pensar en vosotros (...). Verdaderamente, sois lirios entre el fango», escribiría a Federico.



Concha Méndez. HA

Viajó a Londres y a Argentina en una

época en la que era insólito que una mujer fuera sola a la vuelta de la esquina. De nuevo en Madrid, Lorca le presenta a Manuel Altolaguirre y pronto Concha le ofrece comprar una pequeña imprenta que instalan en una habitación del hotel Aragón.

Él hacía el trabajo tipográfico y ella, vestida con un mono azul de mecánico, hacía girar la imprenta que alumbró la revista 'Héroe', donde publicaron los mejores

poetas de la Generación del 27. Juntos editarían, entre otras, 'Poesía', 'Caballo verde para la poesía', '1616', 'La Verónica' y obras emblemáticas como 'El rayo que no cesa' de Miguel Hernández, 'Primeras canciones' de Lorca o 'La realidad y el deseo' de Cernuda.

En 1932 Méndez y Altolaguirre se casan, lo que supone un escándalo pues ella era siete años mayor. Sus testigos son Juan Ramón Jiménez, Cernuda, Lorca, Moreno Villa, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén y Morla Lynch. Con la llegada de la guerra se exiliaron, primero en Cuba y después en México, de dónde ya sólo volvieron de visita.

La vida de esta mujer enorme no cabe en un artículo, pero sí en sus preciosas 'Memorias habladas, memorias armadas' (Ed. Renacimiento). Unas memorias habladas, deliciosas, imprescindibles.

LA MAREA / ANTÓN CASTRO

La vida en 49 columnas

Cristina Grande Marcellán firma los martes en HERALDO una columna de culto. Esta mujer, que querría ser de mayor como la cineasta Jane Campion, «con su melena blanca recogida en una coleta ladeada», escribe de las pequeñas cosas, de lo invisible. Dice en la primera frase de su nuevo libro 'Nieblas altas' (Olifante. La Casa del Poeta): «Lo bueno de tener un pasado es que puedes



C. Grande. GUILLERMO MESTRE

olvidarlo casi a voluntad, por trozos». Se presentará el sábado por la mañana en la librería Antígona con tres mujeres: Julia Millán, Yolanda Polo y su editora Trinidad Ruiz-Marcellán.

Cristina olvida pocas cosas. Esta cronista del presente asume una frase de la escritora Nélida Piñón: «Lo que da trascendencia al arte es la maravillosa banalidad de lo cotidiano». Lo cotidiano de hoy, de anteaer, de ayer o de hace años. Cristina tiene un especial radar de percepción, y en ese don para captar sutilezas, hechos inaprensibles, emociones sigilosas o los pequeños detalles que agigantan el arte de vivir, se parece a Alice Munro, Mercè Rodoreda, Natalia Ginzburg y Soledad Puértolas. Pertenece a ese estirpe innominada y emparentada por enigmáticos vínculos y una prosa limpia y luminosa, suave y sin gritos.

'Nieblas altas' son 49 de sus columnas de los últimos años. Cristina escribe como camina, escribe como sueña, escribe como bebe un vino o como pasea en moto, abrazada a su amor Antoine y desafiando el cierzo en Lanaja, en Calatayud, en Paracuellos de la Ribera o si hiciera falta en el Himalaya, ante sus fantásticos cedros. Cristina escribe de sí misma y escribe de todo: de Sol Acín y de sus versos, le con-

mueve ese que dice: «Miedo me da la estría del aire que adivino en su infinito».

Puede explicar la atmósfera de una chopera en Aranda de Moncayo o recordar la película de 'Rocky II', contempla el descenso del Ebro, glosa un paseo en el autobús 39 y rinde homenaje a la gente que le ayuda a sobrevivir y la empuja a ser más feliz: Luis Alegre, Pepe Melero, Fernando Sanmartín, José María 'Cuchi' Gómez, su primo Alfredo, y su propia madre, claro, que ella ha convertido en una misteriosa e inagotable criatura de novela. Escribe: «Mi madrina no quiere ver que las cosas son más complicadas. También ella, como mi madre, ve nieblas altas aun cuando se esté generando una gran tormenta». Esa madre se pregunta o comenta: «¿Cuándo pasarán las perdices?». Cristina, que tiene los cinco sentidos en alerta, parece saberlo.